

VISION INTERNA DEL CAMPESINO COSTARRICENSE

LUIS BARAHONA
Costarricense

INFLUENCIA DE LA ORGANIZACION ECONOMICA RURAL EN EL CARACTER CAMPESINO

El hecho económico, por venir ligado estrechamente a la vida humana, influencia poderosamente la psiquis individual y colectiva, condicionando los actos morales. Es lo que dice pintorescamente el refrán tico: "Panza llena, corazón contento", o si queréis en términos mejor razonados, que "sobre el carácter individual ejerce poderosa influencia el grado de prosperidad material y los medios que el individuo emplea para ganarse el sustento".

Ahora bien, nuestra organización económica rural, la organización de la tierra, el trabajo, el capital, el comercio y la industria campesinos, tiene características específicas que obedecen a causa determinadas que orientan la vida humana hacia modalidades fácilmente observables.

Nuestro capital se formó —excluido el capital extranjero preformado— mediante el proceso primitivo que le ha dado origen en todos los pueblos partiendo del trabajo humano que obra sobre las fuerzas naturales. Los primeros colonos, no obstante haber introducido ciertas cantidades de bienes capitalizados en el exterior, necesitaron muchos años para alcanzar el desarrollo agrícola que representó hasta fines del siglo pasado la hacienda. El capital de los colonos indo-españoles se caracteriza por su rusticidad, o mejor, por la preponderancia del trabajo intenso. Nada más elocuente a este respecto que las palabras de John Hale escritas en 1826: "Los brazos y platillos de las balanzas son de madera toscamente labrada; las pesas consisten en piedras que se recogen en las calles y prueban en alguna tienda. Las gentes miran los artículos extranjeros como artículos milagrosos... no usan la rueca, y las máquinas para sembrar algodón y limpiar el café serían una novedad... En suma, hay centenares de modernos artículos de uso diario de los que nada se sabe allá... La agricultura y la horticultura tienen más de un siglo de atraso en relación a Europa y Estados Unidos. Casi todos los instrumentos son de palo". Hubo, pues, un proceso económico caracterizado por el predominio del esfuerzo personal y los elementos naturales. Las gentes, puestas en la disyuntiva de cultivar la tierra o morir de hambre, se vieron obligadas a lo primero, aunque sometidas a tremendas privaciones, ya que el rendimiento de sus esfuerzos y el de la tierra no podían bastar a la movilización comercial. Es el largo período de formación del capital —siglos XVII y XVIII— durante el cual se oyen las voces desalentadas de Villalta, Vásquez y Téllez, La Haya y Fernández y Florencio del Castillo. Rodrigo Facio se da cuenta de este hecho al afirmar: "que el único verdadero organismo permanente de producción que se formó en la Colonia, fué... el constituido para suplir los

artículos de necesidad inmediata de la población". Es sólo cuando los labriegos de las haciendas de la Meseta Central "producen caña de azúcar, frijoles, papas, trigo, maíz, zarza, legumbres, crían ganado vacuno, caballar y porcino, y establecen ciertas industrias primitivas derivadas de la caña de azúcar y del maíz y el trigo, tales como las del dulce, la harina y los bizcochos", que aparece el capital, factor indispensable en el desarrollo económico, etapa superior que inicia, mediante un sistema distributivo justo la prosperidad y comodidad de los asociados.

Defeniéndonos a considerar esta época en la cual el trabajo y la naturaleza llevan al individuo a una vida de dureza y privaciones sin cuento, es fácil reconocer las modalidades que de ella derivaron nuestros bisabuelos, ejerciendo una influencia poderosa en nosotros, por la herencia.

Si hay algo que dé valor a las cosas es la carencia de las mismas. Esta ley que se realiza constantemente en el campo de la economía, halla también exacto cumplimiento en muchos otros aspectos de la vida humana, razón por la que el hombre luchador suele ser económico, conservador y estimador de sus bienes. Nuestros antepasados formaron hábitos de economía y valoración dentro del círculo estrecho de su ambiente, y del hábito de la economía material pasaron al de la economía espiritual. Se dieron cuenta de que sus brazos y la tierra no bastaban para constituir un estado de cosas aceptable; de que urgían conocimientos, independencia espiritual y física, medios de comunicación y orden estatal; por todo ello lucharon ambiciosos, tenaces, siendo a la vez reaccionarios y avanzados, según se conservara o adquiriera el tercer elemento que hacía falta a su organización: el capital. A tales apreciaciones y necesidades corresponden las virtudes y defectos de nuestros mayores: los del tipo semiagreste, por su dureza, tenacidad constancia, economía, morigeración e individualismo psicológico, y los del tipo semiurbano, por lo que de liberal, respetuoso, hidalgo, llano, hospitalario, honrado, legalista y progresista tiene.

La organización de la propiedad a base del minifundio es la culminación de esta primera época de sorda lucha con la naturaleza virgen. La Independencia y la inmediata organización política del país aparecen como consecuencia del tercer elemento señalado; de entonces acá todo se estructura y desenvuelve bajo el impulso creciente de la tierra, las energías del hombre y del capital.

La segunda época duró bien poco, un cuarto de siglo cuando más. Es la época de la hacienda, o mejor dicho, de la actuación del capital, cuando "en sus dos terceras partes la población se compone de terratenientes. Casi todo hombre tiene su finca, sus mulas, sus bueyes, sus gallinas, sus cerdos y su plantación de caña de azúcar o de café". Las necesidades de todo género que caracterizan al período anterior, al introducir el capital en el complejo económico, dan nacimiento a la producción de principios del siglo pasado, producción encaminada a satisfacer la demanda interna; pero bien pronto, por la acción de fuerzas extrañas a nuestro organismo económico, se perfila el café como única producción, olvidándose las necesidades internas, con lo que se origina la tercera época: la de la exportación en grande del café y la importación también en grande de los artículos de primera necesidad.

En esta segunda época vemos acentuarse el individualismo. La pequeña propiedad es ya el eje de la vida social e individual. El trabajo, el esfuerzo permanente ha disminuido su intensidad como lo nota Thomas Francis Meagher cuando dice que "no les gusta el trabajo rudo" pues éste ha venido a ser auxiliado por el utillaje, las pocas herramientas dispuestas para la producción, logrando con un menor esfuerzo un rendimiento mucho mayor, fuera de que "la falta de mercados grandes y regulares no hacían necesario el trabajo rudo".

"Todo ello explica, como lo hemos insinuado anteriormente, el tono democrático e igualitario de la Costa Rica colonial y de los primeros años de la República: todos los ticos, en general, eran propietarios de la tierra, y la falta de una división pronunciada del trabajo social había hecho imposible la formación de intereses contrapuestos entre ellos". Al extraer las anteriores líneas creo reducir a lo esencial la influencia económica en los ticos de la segunda época, cuando las ciudades no constituían conglomerados permanentes ya que toda la vida social estaba diseminada por los campos.

La segmentación de la propiedad nacida del autoabastecimiento a que se vieron forzados los primeros colonos y robustecida por el individualismo social, crecido en la primera época en proporción al esfuerzo que los individuos debieron poner en sustitución del capital que no poseían, dió más personalidad jurídica y moral a los propietarios, alentó el movimiento de independencia política, fortaleció el régimen que empezaba a levantarse y ejerció la influencia más poderosa y determinante en la formación del espíritu democrático nacional (3), mediante la responsabilidad que suscita la propiedad particular amasada con los propios sudores y el incentivo que pone la tierra en el corazón del hombre al verlo producido como prolongación del propio ser.

Es en esta segunda época cuando aparecen los lineamientos esenciales del carácter costarricense, se forma nuestra tradición, se organiza nuestra familia, se afianza la aldea y se ama entrañablemente el suelo, símbolo de la Patria tica, que todos ambicionamos poseer como uno de los más risueños ideales de la vida, conforme lo canta el poeta popular en versos que denotan a las claras la hilaza con que fueron tejidos:

*"La familia que es base del pueblo
necesita tener su mansión,
pues poseer un pedazo de suelo
es su pura y soñada ambición."*

La tercera época que aún dura se inicia a mediados del siglo pasado con la aparición del latifundismo, la disminución creciente de la pequeña propiedad y su consecuencia forzosa, la aparición del peonaje. La condensación de intereses y su resultado, la aristocracia capitalista, concluyen por marcar nuevos rumbos al país, quedando desde entonces en desigualdad de condiciones ambos bandos, peones y grandes afincados, con un remanente cada día más exiguo de pequeños propietarios que apenas si logran conservar la vieja tradición de minifundio, base de nuestro único sistema económico estrictamente nacional, propio de nuestra idiosincracia, baluarte de nuestro régimen democrático y postulado de una organización que aspire a resolver nuestros problemas sociales.

Tal es el origen de los tres tipos humanos descritos en páginas anteriores: el gamonal neto, el concho acomodado y el jornalero. Lo que allí se dijo téngase aquí presente, agregando las siguientes observaciones:

El peón es "un tipo completamente nuevo de trabajar": no se trata ya del trabajador familiar de la hacienda, sino del hombre sin arraigo, cuya fuerza de trabajo se cotiza sencillamente por la ley de la oferta y la demanda. Los ingresos que recibe a cambio de su mercancía —el trabajo— no le pueden proporcionar independencia ni holgura. De aquel individualismo nacido de la tierra, tan celoso de la autonomía física, moral y política de la segunda época, se ha llegado a la indiferencia, al fatalismo, al reconocimiento, como si se tratara de un hecho natural, de la superioridad y derechos económicos absolutos del gamonal—sea éste neto o no urbanizado—rindiéndosele vasallaje formal. Es decir, que el antiguo egoísmo encamina ahora la conducta del jornalero en antítesis con su interés real; de qué modo se fué formando este complejo, es difícil decirlo; porque cuando se violan derechos íntimos, cuando el individuo siente la mutilación de su independencia económica, la normal es que se produzca un sentimiento de escape que ha de ir directamente contra el causante de tal situación, conforme actúan los resortes que mueven y dirigen la venganza. Nuestra indiferencia, nuestro conformismo y aquel fatalismo de que antes hablábamos, no pueden explicarse sino como un efecto de la propia debilidad para reaccionar contra el capitalismo, incrementada por la ignorancia del proceso económico latifundista, agravándose esta última por la propaganda liberal difundida en la gran masa del pueblo, mediante la cual se ha ido formando la opinión de que tenemos un régimen democrático modelo, cimentado sobre bases de justicia, con una propiedad muy repartida; que el régimen económico liberal es el desiderátum a que puede aspirarse, ya que ha sido modelador de nuestra nacionalidad y factor de todos nuestros adelantos, etc. etc. De tal modo se ha constituido una psiquis de clase en el jornalero, capaz hasta de defender el régimen que le tiraniza, oponiéndose a toda idea de liberación, pues inconscientemente reacciona bajo la tiranía de la opinión pública en el temor de perder su puesto, el trabajo y las escasas adquisiciones que alcanza el esfuerzo de su brazo. Tal es, en síntesis, la razón por qué nunca se ha podido organizar al pueblo bajo las banderas que agitan los partidos ideológicos de reivindicación social —buenos o malos— y por qué el "brochismo" y la política personalista ganan cada vez más adeptos.

Es, pues, claro que nuestro pacifismo, a más de tener su origen en razones étnicas, religiosas e intelectuales, obedece también al misticismo liberal que ha influido poderosamente en el alma campesina mediante la literatura, el relumbrón científico, la propaganda política y el exceso de debilitamiento moral, consecuencia del económico, producido por el latifundio y el monopolio industrial, agrícola y político —la llamada "argolla"— que desde hace muchos años viene dominando en el país.

El aspecto intelectual viene influido inmediatamente por el hecho económico. La pobreza suma del bracero no le permite el desarrollo de sus facultades mentales, incapacitándole para prestar atención a los elevados y nobles aspectos de la vida. Al estudiar la influencia de la escuela en la formación del campesino,

hemos visto lo reducida que es, parte por deficiencias de su organización, parte por causas extrínsecas, entre las cuales descuella la económica. Niños huérfanos que deben trabajar desde su más tierna edad, padres enfermos, incapacitados para ganarse el sustento de sus hijos, familias numerosas con escasas entradas, pésimas vías de comunicación que aíslan el hogar y la escuela, enfermedades, hereditarias o adquiridas, que cuentan en su favor la desnutrición y la carencia de medicinas, hábitos de rutina, incompreensión y menosprecio del ministerio educacional, venidos de los viejos que jamás hicieron palotes ni adivinaron su utilidad; toda una porción de cosas y de hechos engendrados por la desvalorización económica de los desposeídos de la tierra, que son legión, imposibilita la cultura y con ello la redención que debe operarse mediante la aceptación consciente de los propios derechos y deberes y de las causas que se oponen a su plena realización. Hay quienes se lamentan de que nuestro campesino padece frialdad e indiferencia por todo idealismo sano, juzgando que por naturaleza es así; olvidan éstos que la causa es meramente artificial, originada en el hecho de que el trabajo forzoso, continuo y duro en un hombre mal alimentado, atrofia sus facultades mentales y morales, a más de que la monotonía de nuestras labores tradicionales imposibilita el desarrollo de la curiosidad en un sentido armónico y variado, haciendo al individuo unilateral y terco en sus afirmaciones. A esto se debe en buena parte la deformación que sufre el carácter del jornalero por lo que tiene de sumiso, indefenso, imprevisor y rutinario, aunque, por otra parte, conserva una línea media de sobriedad —las más de las veces forzada—, integridad, hidalguía y honor, bastante distinguida como remanente de la época anterior, hábilmente explotada por quienes extienden sus dominios parapetados en estas virtudes que hacen preferir al campesino su integridad moral al alzamiento revolucionario.

El gamonal creado por el proceso latifundista, al concentrar la pequeña propiedad en pocas manos, es un antiguo propietario que ha ido desbordando su individualismo en proporción a su creciente influencia económica, alcanzando en muchos casos un grado intolerable, sobre todo cuando ha logrado ejercer alguna en el ambiente urbano por sus aportes monetarios a las campañas políticas, su prestigio de hombre prudente, bien o mal fundado, que le permiten decidir en muchos asuntos de la vida comunal, y sus aportes para financiar las construcciones de la iglesia del pueblo.

A la inversa de lo que ocurre en el jornalero, este individualismo crea un estado psicológico especial que consiste en creer un hecho natural la posesión de extensas zonas de cultivo y la explotación de las peonadas que las trabajan. El hombre que nace y muere rico juzga que ello obedece a relaciones sociales constantes, justificando sus actos mediante la superestimación de sí mismo y la subestimación del pobre, consintiéndose fácilmente, friamente, la agresión de los derechos más elementales del prójimo, negando la justa remuneración, las condiciones higiénicas y morales del trabajador, en la convicción de que sólo él puede gozar derechos, placeres, respetos y atenciones; se repite lo ocurrido en la sociedad antigua, aunque bajo formas atenuadas, cuando se proclama por boca de su máximo pensador que el hombre nace naturalmente libre o esclavo: un hecho

constante da la impresión de lo absoluto, de lo inmutable, predisponiendo a su justificación, siquiera sofisticadamente, por la necesidad de conservar un aparente equilibrio moral y mental.

Es decir que el egoísmo, remate forzoso de la omnipotencia económica al pretender la super-independencia física, moral y política, forma como un pedestal, lo suficientemente elevado para dar la sensación de superioridad, y se crea así ese complejo del gamonal que hace consistir su superioridad en la exhibición chillona de sus haberes, convencido de que con ello se impone a los demás. En el fondo se palpa el vacío moral producido por el predominio de la pasión egoísta por excelencia, la ambición, vacío que nunca se harta de caudales, pero que engaña al tacaño con la creencia de que atesorando libera al yo de la competencia económica, por la impotencia de los desposeídos; de la competencia política, por el predominio de los intereses de la minoría que absorbe los organismos estatales mediante la influencia del dinero, la desmoralización de los gobernantes y la propaganda a sueldo que crea y dirige la opinión pública, creando el mito liberal capitalista; y finalmente, de la competencia intelectual y moral, al hacer descender el nivel cultural a la altura ruin de sus almas, incapacitando e impidiendo por el proceso económico que los sostiene, todo adelanto y superación; dando la sensación, en fin, de que el cielo vigila sus haberes y personas en recompensa de sus contribuciones para el sostenimiento del culto.

El tipo intermedio aventaja por su situación a los anteriores. Goza de independencia y puede defenderse más ventajosamente que el simple jornalero, en proporción a su independencia económica. Suelen asociarse en política a los propietarios mayores, contribuyendo de mil maneras a los gastos de las campañas políticas, con lo que no sólo impiden la absorción de su independencia económica sino que también logran ejercer enorme influencia en los asuntos de la aldea, aun cuando su candidato no haya obtenido la victoria, cosa harto rara en los últimos años. Sin embargo, en ellos vive un egoísmo abusivo que suele manifestarse en aquellos que viven del comercio aldeano cuando las circunstancias son propicias; son especuladores que tratan de enriquecerse por todos los medios posibles. Se diferencia de los tipos anteriores en que conoce el manejo capitalista, luchando con las mismas armas con que obtiene sus triunfos el gamonal, animado por una constancia, despojo mental y habilidad comercial que le ponen a salvo de caer en el mito de la impotencia, de la natural inferioridad con respecto al gran acaparador.

La influencia de la constitución económica rural se manifiesta en otros fenómenos de índole moral. El matrimonio, la fidelidad conyugal, los divorcios y adulterios, son influidos muy de cerca por el empobrecimiento creciente del pueblo. Es indudable que hechos de orden puramente moral determinan, sobre todo, tales fenómenos, pero a nadie puede escapar, por ejemplo, que un salario subvital contribuye poderosamente a la quiebra de las relaciones permanentes del hogar. La miseria imposibilita la armonía de caracteres, el buen ánimo, la tolerancia mutua, pues perturba las relaciones psicofisiológicas y obliga a quiebras violentas o convencionales, como ocurre con las familias que colocan sus miembros en distintas casas a fin de que cada uno cubra sus

propias necesidades. En otra parte hacía notar que en las estadísticas de los últimos años el grueso de los divorcios aparece entre los hombres de campo; agréguese a esto el número creciente de amancebados y adúlteros, hijos naturales, prostitutas y enfermos gonorréicos y sífilíticos —por adquisición o herencia— y se verá bien claro, no sólo que el nivel de moralidad va decreciendo en proporción con el relajamiento de las resistencias ético-religiosas, sino también en proporción con el bajo nivel económico a que se han visto reducidos nuestros asalariados conforme se acelera el proceso de concentración de la riqueza nacional.

La prostitución que parece inquietar a algunos de nuestros hombres de gobierno, siquiera en su aspecto sanitario, ha crecido tan ferozmente en los últimos años, que sólo en la ciudad de San José existen 1000 prostitutas inscritas y 8000 encubiertas, existiendo en proporción a tanto relajamiento, un índice de impregnación sífilítica de la población costarricense tal que ya alcanza de un 15 a 18%. No pretendo justificar todos estos hechos por puras razones económicas, pero nadie puede olvidarse de que uno de los grandes males traídos a la humanidad por el régimen capitalista es la prostitución de las masas. "En efecto, escribe Aquiles Loría, considerando la prostitución en sus polos, la demanda y la oferta, se percibe que la demanda está representada por hombres cuyas condiciones de fortuna los pone en la imposibilidad de mantener una familia con aquella holgura a que están acostumbrados, mientras que la oferta está representada por mujeres a quienes la miseria hace imposible proveer de otro modo a las necesidades de la existencia". De lo cual se sigue que si alguien lleva el peso de esta infamia sobre sus carnes es la población campesina, pues ella es la que soporta mayor miseria e ignorancia, dos causas que actúan violentamente, y cuya abolición traerá incuestionablemente su redención moral, como lo observa muy bien el Dr. Enrique Berrocal en su estudio ya citado sobre "La Prostitución".

También puede estudiarse el problema social de los menores condicionado por razones de orden económico. El niño abandonado reclama una mejor distribución de la riqueza, pues muchos padres los abandonan, entre otros motivos, porque no pueden alimentarlos ya que ellos fueron despojados previamente por la sociedad. Un dato revelador de cuanto digo, entre muchos que podría traer, lo da la representación gráfica de la delincuencia infantil durante ocho años, atendiendo a su profesión u oficio, donde aparecen los jornaleros con el porcentaje más subido de delincuencia.

La delincuencia y criminalidad de los adultos, muy extendida entre los campesinos, viene por idénticos caminos. De un lado, estos niños que al ser llevados a las cárceles son rápidamente perfeccionados en los mil vericuetos y enredos que pide el arte clásico de Rinconette y Cortadillo, entran a la juventud por las amplias puertas del robo, cobrando cada día mayores entusiasmos por lo llano y expedito de este modo de vivir, y del otro, aquellos que viven en gran penuria, falseada su conducta por la desvalorización moral que padecen, se inclinan fácilmente al mercadeo, plaga que llueve lo mismo sobre las "trojas" y sembrados del gamonal, como sobre los solares del pequeño agricultor. A la criminalidad se llega en muchos casos de alcohólicos por una

depresión moral originada en las sombrías horas del hambre, de la miseria desesperante, del trabajo agotador que lleva al entontecimiento, al olvido, mediante las bebidas alcohólicas, libertadoras del subconsciente bestial que actúa en el crimen con toda su horrible prepotencia.

Y está también el éxodo rural como uno de los hechos más alarmantes que registra la historia contemporánea a causa del industrialismo en aquellos países mecanizados hasta el exceso, o del acaparamiento de la tierra en países agrícolas como el nuestro. La ciudad que ve crecer su población de día en día, arranca a los hombres del campo y los zambulle en su tétrica, rueda de miserias morales y materiales, exterminando a los representantes de una vida aborígen superior, aniquilando ese espíritu de los campos "que vive en los surcos y en las praderas, en los setos y en las cosechas; alma bienhechora, tranquilizadora, llena de dulces enseñanzas y de varoniles alientos" de que habla Carlos Wagner, contribuyendo al empobrecimiento del mercado interior por la disminución de los productos agrícolas, efecto de la carencia de brazos con lo que a su vez aumenta la concurrencia urbana, haciendo descender los salarios y agravándose el burocratismo oficial.

Nuestro campesino se ha urbanizado porque se le ha despojado de su tierra, matando en su alma el amor a ella, a la tradición, tomando de la ciudad, para su desgracia, no lo que la hace centro elevado de civilización y cultura, sino lo que la rebaja y convierte en pestilencia digna del fuego celeste. De aquí que nuestra aldea tienda a ser un simple remedo de la ciudad, formando en su seno una diferenciación ridícula de familias, al modo como lo tienen establecido los petulantes guiones de la moda, el flujo y la superficialidad urbana: las que marcan con sus saraos, reuniones, paseos, modo de vestir y hablar, amistades y humos de superioridad, la curva de "urbanización" campesina, y las que por su mayor zafiedad y pobreza están condenadas a vivir como siervos de los gamonales —sean éstos de la ciudad o del campo— viéndoseles, por lo mismo, por sobre los hombres, como seres inferiores a quienes no es dado alcanzar los oropeles del refinamiento y distinción urbanos.

Queda la salud del pueblo, que directamente deriva de sus posibilidades alimenticias, como un factor que modifica de inmediato el carácter campesino.

No dice el Dr. don Ricardo Jiménez Núñez que en el menú campesino se repiten todos los días y a todas horas el arroz, los frijoles, la tortilla, los plátanos verdes, una que otra verdurita cocida y agua dulce.

"Al desayuno: 3 bollitos de pan de 30 gramos cada uno y dos jarros de agua dulce, equivalentes a 8 gramos de proteína, 100 gramos de carbohidratos y 3.60 gramos de grasa.

Al almuerzo: arroz con frijoles cocidos sin manteca o apenas untados, 3 tortillas y agua dulce

Al medio día: más agua dulce con una tortilla y algunas veces una fruta.

A la comida: la misma cosa: arroz, frijoles, agua dulce y lo que llaman sopa de carne, que ni es sopa ni tiene carne; es más bien un caldo de verdura, con sal, chile, pimienta y achiote, al que se le ha agregado un hueso de jarrete. Algunos acostumbran la olla de carne, con algo de carne plátanos, yuca y unas "tajadas" de ayote.

El picadillo preparado con pedacitos de choyote, carne picada y manteca, es un plato predilecto de los costarricenses, que los pobres consumen sin manteca, perdiendo, por lo tanto, su alto valor calórico.

No hay postre; cuando mucho, un terrón de dulce".

La causa de esta pobreza alimenticia está en lo bajo de los jornales—2 ó 3 colones diarios—y en la ignorancia del verdadero arte culinario, o sea, la mezcla racional de carbohidratos, proteínas y grasa, pues el campesino costarricense consume "suficientes carbohidratos, poca proteína y apenas la tercera parte de la cantidad racional de grasa". En números redondos, apreciando el valor de tal alimentación por calorías, nuestros jornaleros, que necesitan 3.750 calorías para realizar el duro trabajo diario de los campos, apenas reciben 2.730 calorías. O como calcula el Lic. don Mauricio Fernández, 2 649,38 calorías diarias, menos de lo que necesita un hombre normal en cama. "Deficiente desarrollo físico y mental, tuberculosis, caries dentarias, huesos contrahechos, deformidades de la pelvis que hacen el parto difícil e imposible si no es por medio de la operación cesárea, hemorragias operativas, retardada coagulación sanguínea, etc." además de que facilita el desarrollo anquilostomiático y palúdico, pues, como lo observa al Dr. Werner Potter, Patólogo del Hospital San Juan de Dios, el factor alimenticio individual influye mucho en la patogenesia de la anemia tropical y, sobre todo, en la América Central, la anemia anquilostomíctica causa sus mayores estragos en la población rural pobre.

De tales sufrimientos y desgastes físicos ha debido formarse una atenuación en la voluntad, un oscurecimiento en la inteligencia y una atrofia en el sentimiento, produciéndose un tipo somnoliento, aletargado y fatalista. Quizá nuestra falta de entusiasmo, nuestra indiferencia por los grandes ideales, la rutina y estancamiento que se observan en muchos aspectos de la vida colectiva obedecen, ante todo, a este empobrecimiento alimenticio, a esta falta de recursos biológicos.

EPILOGO

Sin pretender una síntesis de la vida y carácter de nuestros campesinos, ya que para ello habría necesidad de especializar el estudio sobre cada uno de los temas antes tratados, puede decirse que nuestro tipo humano es digno de aprecio por muchos conceptos. Y no es que estemos influídos por quienes nos hablan de una Costa Rica ideal, esbozada con toda clase de atenuaciones y eufemismos para atraer al turista, eterno buscador de paraísos tropicales. A lo largo de nuestras páginas se han observado los defectos, al lado de las virtudes y no voy a repetir al infinito estos temas, pero sí estoy convencido de que con un poco de cultura, de sana y verdadera cultura, nuestro hombre puede revelarse con rasgos muy dignos y muy estimables, fuera de los que ya posee. El campesino "tico" vive una muy compleja serie de problemas que lo traen y lo llevan a la merced de influencias extrínsecas en su mayoría; su estado psicológico, de muy difícil determinación, necesita para reaccionar toda una terapéutica humana y divina, mas siendo esto así, hay sujeto, como decían los médicos de antaño, capaz de responder a todo lo que se proponga el mejoramiento individual. Los vicios más generalizados, como son el conformismo, el pesimismo, el fatalismo,

etc., perderán fácilmente su ascendiente el día que haya una consciente reacción hacia ellos por parte de cada uno.

Bien quisiera dar con la precisión y claridad de lo científico, la síntesis de lo que somos, pero acaso no lo permitan mi importancia, ni los medios de que ahora dispongo. Con todo, he de repetir que nuestro "concho" en resumen tiene un vicio —las virtudes le abundan porque es acogedor, tolerante y humilde—: carece de voluntad, de fervor, de entusiasmo constructivo. La indiferencia con que mira la vida y sus más serios problemas, lo mantiene inmóvil a través de todos los cambios, sin dejarse influir por nada ni por nadie. Mira con la mayor indiferencia los asuntos de la escuela; nada le importa la educación religiosa de sus hijos; aplaude a cualquier charlatán si no le pide dinero o esfuerzo; critica toda labor por manía pero es incapaz de dar apoyo a quien busque el mejoramiento de la comunidad, si quiera sea de su propia aldea. Habida cuenta de nuestra corta historia, no hay suceso que no sea explicable por este espíritu vacilante, desaprensivo, tolerante hasta la desesperación. Mentira es que nuestro régimen de vida tenga respaldo consciente en los hombros de los ciudadanos; por el contrario, el progreso logrado, las pocas conquistas que poseemos se deben, pacifismo aparte, a que el pueblo ha dejado hacer a los hombres de gobierno lo bueno y lo malo, sin protestar, con la misma indolencia con que el animal deja que lo gobiernen, inconsciente de la meta que persigue su jinete. El partido que toma es el de no tomar ningún partido. Razón tiene don Ricardo Jiménez cuando dice, hablando de los sucesos del 7 de noviembre del 89, que "el pueblo no contaba, como casi nunca ha contado", y que es que ese es nuestro temperamento, esa la constante morbosa de nuestro carácter nacional.

Al presente, nadie que tenga ojos para ver y oídos para escuchar, puede negar que vivimos horas decisivas. La actual generación sufre gran angustia, si es consciente y digna, por la inmoralidad que a todo alcanza con su nauseabunda pestilencia. Todos alzamos la cabeza para ver de dónde ha de venir la salvación; pero el cielo no responde a nuestras preguntas. Sin embargo, permanece en pie con caracteres de tremenda realidad el problema cultural de nuestros campesinos. Por eso a ellos van nuestras miradas cuando pensamos en la regeneración de la patria, toda vez que en el pueblo se halla la materia prima, la energía plástica con que se amasa la nacionalidad.

Renovación nacional es equivalente de cultura popular. Pero sobre todo ha de ir ésta directamente a lo más urgente, ha de buscar los medios de ilustración que permitan llevar a los individuos la noción concreta de las faltas consecuencias que a diario se experimentan en lo individual y en lo social por la indolencia, por la indiferencia con que el tico mira todas las cosas. Es imposible de todo punto pretender cualquier mejoramiento si esta apatía continúa minando la voluntad del hombre. La indiferencia, ha dicho Ernesto Elio, "es el triunfo de Satán, a quien le place el odio, pero no le basta: ha menester la indiferencia". Se trata, pues, de activar la voluntad, de poner a cada uno en condiciones de combatir, de servirse de sí mismo, de poner a su disposición su propia humanidad dispuesto a hacer valer su libertad.